
Laura Bellini
Tiempo prestado para el amor
La partida tiene fecha. Lo que hay entre ellos necesita un plan.

# Tiempo prestado para el amor

La partida tiene fecha. Lo que hay entre ellos necesita un plan.

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902905

ALL-IN Rafał Płonkowski



# ÍNDICE

INTRO ..... 4
Capítulo 1 - Cosas que no se pueden embalar ..... 11
Capítulo 2 - Límites trazados a lápiz ..... 22
Capítulo 3 - Cuando el papel empieza a hablar..... 35
Capítulo 4 - Fuera del horario de trabajo ..... 46
Capítulo 5 - El derecho a decir no ..... 58
Capítulo 6 - La distancia de un paso ..... 68
Capítulo 7 - Entre lo que sabemos y lo que callamos.....81
Capítulo 8 - Entre las personas que se quedan.....91
Capítulo 9 - El precio de salvar lo que importa .....102
Capítulo 10 - Sin promesas de cara a la galería ..... 113
Capítulo 11 - Hacer sitio para otra persona.....125
Capítulo 12 - Una fecha que no se puede cambiar .....138
Capítulo 13 - Cuando se acaba el tiempo para las excusas.....148
Capítulo 14 - Una verdad que ningún beso puede suavizar .....158
Capítulo 15 - Lo que no se puede prometer .....168
Capítulo 16 - El silencio entre dos decisiones .....178
Capítulo 17 - Lo que queda después del silencio .....189
Capítulo 18 - Un plan que comienza con la verdad.....199
Capítulo 19 - Todo lo que merece la pena salvar .....210
Capítulo 20 - No hace falta quedarse para estar juntos.... 222

# INTRO

Lo primero que vi al entrar en la librería de viejo fue un calendario con los días tachados. Colgaba sobre un escritorio antiguo, entre una reproducción de la catedral de Vilna y una estantería llena de libros cuyos lomos habían perdido el color hacía mucho tiempo. Alguien iba marcando las fechas con un rotulador negro de punta gruesa. El último día del mes estaba rodeado por un círculo rojo y, debajo, aparecía una sola palabra: FIN.

No me gustaban las palabras así. Sobre todo cuando tenía tanto trabajo por delante que habría necesitado un mes más.

Dejé mi bolsa de herramientas sobre una silla y miré la hora. Había llegado diez minutos antes de la cita. Siempre llegaba con antelación. A mis cuarenta y tres años había aprendido que la puntualidad permitía evitar muchas conversaciones innecesarias y que un calendario de trabajo bien organizado ofrecía, al menos, la ilusión de tener la realidad bajo control.

Aquella mañana necesitaba especialmente esa ilusión.

En el bolsillo del abrigo llevaba impresa una oferta de trabajo que había leído siete veces la noche anterior. Un contrato de un año en un taller de conservación y restauración de Florencia. Un puesto con autonomía, acceso a una colección de manuscritos con la que soñaba desde el principio de mi carrera y un sueldo que me permitiría pasar doce meses sin tener que pensar dos veces cada gasto importante.

Solo tenía que responder antes del viernes.

Y también tenía que marcharme.

—¿Señora Róg?

La voz llegó desde detrás de una estantería alta. Era masculina, grave, con esa ligera aspereza propia de alguien que había hablado demasiado o dormido demasiado poco.

Me volví.

Un hombre salió del estrecho pasillo llevando dos tazas de porcelana. Tenía el pelo oscuro, con canas bien visibles en las sienes, las mangas de una camisa azul remangadas y una mirada que se detuvo en mí un instante más de lo que exigía la cortesía. No parecía alguien dispuesto a disculparse por el desorden. Más bien tenía el aire de un hombre convencido de que cada objeto que lo rodeaba estaba allí por alguna razón.

—Marianna Róg —confirmé—. ¿Señor Borecki?

—Wiktor. Si vamos a pasar varias semanas juntos en este local, los apellidos podrían estorbarnos.

—A algunas personas les ayudan a mantener la distancia profesional.

Sonrió, pero no respondió enseguida. Dejó una de las tazas sobre el escritorio y conservó la otra en la mano.

—Entonces, dejémonos la posibilidad de elegir.

No sabía si se refería a los nombres o a algo completamente distinto. Decidí no averiguarlo.

Observé el lugar con más atención. La librería ocupaba la planta baja de un antiguo edificio de viviendas en una calle secundaria del casco antiguo. Por los altos ventanales entraba la luz lechosa de una mañana de noviembre. El aire olía a papel, madera y café. Había cajas de cartón junto a las paredes, algunas etiquetadas y otras abiertas. Sobre una

mesa larga se amontonaban álbumes, grabados sueltos, mapas antiguos y carpetas atadas con cintas de tela.

Había ido allí para salvar del deterioro todo lo que todavía pudiera salvarse, preparar la documentación y ayudar al propietario a organizar la colección antes de entregar el local. El encargo debía ser exigente, pero breve. Exactamente el tipo de trabajo que necesitaba antes de tomar una decisión sobre Florencia.

—¿Cuánto tiempo nos queda hasta que tengamos que entregar el local? —pregunté.

—Treinta y un días.

—¿Y toda la colección está aquí?

Wiktor miró las estanterías.

—Depende de lo que entienda por toda.

Suspiré.

—Esa no es la respuesta que una restauradora quiere escuchar el primer día.

—Lo sé. Por eso he preparado café.

Señaló la taza. Rechacé el ofrecimiento con un movimiento de cabeza, aunque olía de maravilla. Saqué mi cuaderno y empecé a anotar las primeras observaciones. Tenía que evaluar el estado de los fondos, establecer prioridades y determinar qué piezas no podían trasladarse sin la protección adecuada.

Wiktor me observó durante unos instantes y después dejó su café.

—Antes de empezar, me gustaría aclarar algo. No todo lo que hay aquí puede tratarse como mercancía que simplemente hay que embalar.

Levanté la vista.

—Mi trabajo no consiste en embalar mercancía.

—No quería decir eso.

—Entonces, dígame exactamente qué quería decir.

En lugar de responder, se acercó a la mesa y desató la cinta de una de las carpetas. Sacó una pequeña hoja de papel, amarillenta por los bordes, con un delicado dibujo de un patio de Vilna. El papel era frágil y estaba agrietado en algunas zonas. En el reverso distinguí restos de un adhesivo antiguo.

—Esto lo compró mi padre —dijo—. No por su valor. Reconoció el patio donde jugaba de niño. Durante años tuvo el dibujo junto a su escritorio.

Extendí la mano, pero la detuve sobre la hoja.

—¿Puedo?

Asintió.

Trasladé el dibujo a un soporte limpio que saqué de mi bolsa. Examiné las fibras del papel, las pequeñas pérdidas de material y un pliegue antiguo que atravesaba el centro de la composición. No era una pieza de especial valor económico. Sin embargo, podía sobrevivir varias décadas más si alguien la trataba como era debido.

—Se puede estabilizar —dije—. Pero no voy a prometerle que desaparecerán todas las huellas del tiempo.

—No quiero que desaparezcan.

Lo miré con interés.

—Me alegro. No todas las cicatrices necesitan borrarse.

Durante un momento me miró de otra manera. Con más atención, sin aquella actitud desafiante de antes.

—Precisamente por eso la contraté.

No supe determinar si se trataba de un cumplido o simplemente de una valoración objetiva. Me gustó que no intentara explicarlo.

El teléfono vibró en el bolsillo de mi abrigo. En la pantalla apareció un mensaje de la coordinadora del proyecto italiano.

Querida Marianna, seguimos esperando tu decisión. Nos gustaría empezar a preparar tu llegada.

Bloqueé la pantalla antes de que Wiktor pudiera ver nada.

—¿Algo urgente? —preguntó.

—Un asunto de trabajo.

—Entiendo.

Lo dijo con tranquilidad, sin intentar mirar por encima de mi hombro. Le agradecí aquella discreción más de lo que debería haberle agradecido a un desconocido.

Me acerqué a la ventana. Al otro lado del cristal, los transeúntes caminaban deprisa por la calle mojada, escondiendo el rostro entre las bufandas. Conocía Vilna desde hacía años, pero siempre la había considerado un lugar al que viajaba para realizar trabajos concretos. Esta vez podía quedarme un poco más. Lo suficiente para encariñarme con los pequeños detalles cotidianos, pero demasiado poco para construir algo de verdad.

—¿Por qué cierra la librería? —pregunté.

Wiktor se colocó a mi lado, manteniendo una distancia cortés.

—El propietario del edificio no ha renovado el contrato de alquiler. Podría luchar por quedarme, pero no pienso gastar

todos mis ahorros intentando convencer a alguien que ya ha tomado una decisión.

—Encontrará otro local.

—Quizá.

—No parece muy convencido.

—Porque todavía no sé si quiero volver a empezar desde cero.

Giré la cabeza hacia él. En su rostro no había una tristeza dramática, sino el cansancio de alguien que llevaba mucho tiempo intentando mantener algo vivo con sus propias manos. De pronto comprendí por qué aquel rotulador negro y el círculo rojo me habían irritado tanto. Para mí, terminar un proyecto significaba empezar el siguiente. Para él podía significar perder el lugar donde había pasado la mayor parte de su vida adulta.

—Treinta y un días no son muchos —dije con más suavidad.

—Son suficientes para que uno se acostumbre a algo.

No estaba mirando el calendario.

Me estaba mirando a mí.

Por la puerta abierta de la trastienda llegó el sonido de un hervidor. Wiktor fue el primero en apartar la mirada, como si acabara de recordar algo completamente cotidiano.

—Le he dejado el café. Todavía está caliente.

Esta vez acepté la taza. Nuestros dedos no llegaron a tocarse, aunque durante un breve instante ambos sostuvimos la porcelana. Sonrió apenas y regresó a la mesa.

Abrí el cuaderno por una página en blanco. Debajo de la fecha anoté la primera tarea: Determinar qué merece realmente la pena salvar.

Antes de que pudiera escribir la siguiente, Wiktor habló desde el otro lado de la carpeta abierta:

—Señora Marianna, ¿usted siempre sabe cuándo ha llegado el momento de marcharse?

Me quedé inmóvil, con el bolígrafo suspendido sobre el papel. No podía saber nada de Florencia. No tenía ni idea de que yo también estaba contando los días hasta tomar una decisión que podía cambiarme la vida por completo.

Y, sin embargo, en su pregunta escuché algo que no pude ignorar.

—Normalmente sé adónde voy —respondí—. No es exactamente lo mismo.

Wiktor levantó la vista. Durante un momento ninguno de los dos se movió.

—¿Y si alguien quisiera que se quedara? —preguntó en voz baja.

Miré el círculo rojo del calendario y después volví a mirarlo a él.

—Entonces tendría que saber por qué.

No respondió. Y fue precisamente aquel silencio lo que hizo que, por primera vez desde que había recibido la oferta de Florencia, no pensara en el lugar al que tenía intención de marcharme, sino en el hombre al que podría dejar atrás.

# Capítulo 1 - Cosas que no se pueden embalar

Wiktor Borecki tenía un talento irritante para pronunciar frases que seguían resonando en la cabeza mucho después de terminada la conversación. Lo descubrí el primer día, cuando, en lugar de concentrarme en evaluar el estado de la colección, pasé un buen cuarto de hora preguntándome por qué me había preguntado si siempre sabía cuándo había llegado el momento de marcharme.

Sin embargo, no pensaba permitir que mis reflexiones personales interfirieran en mi trabajo. Guardé el teléfono en la bolsa, extendí sobre la mesa una hoja de inventario y pedí que me dejara acceder a la trastienda. Tenía que comprobar las condiciones de conservación del papel antes de que nadie empezara a trasladar los documentos.

Wiktor se detuvo junto a la puerta.

—Primero me gustaría dejar clara una cosa.

—Te escucho.

—Ningún libro ni grabado saldrá de esta librería sin que yo lo sepa.

Dejé el lápiz sobre la mesa.

—Eso es evidente. Eres el propietario de la colección.

—No se trata únicamente de la propiedad. No quiero que alguien decida que un objeto no merece conservarse porque restaurarlo cuesta más que su valor de mercado.

Comprendí de dónde procedía su cautela. Lo que no me gustó fue que diera por hecho que yo podía valorar los objetos históricos únicamente por su precio.

—Hay una diferencia entre establecer prioridades de conservación y tirar cosas —dije—. Mi responsabilidad consiste en señalar qué necesita protección inmediata. La decisión sobre qué hacer después sigue siendo tuya.

—¿Incluso si no estamos de acuerdo?

—Especialmente entonces.

Me observó en silencio durante unos instantes. Estaba apoyado con un hombro contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Había algo inquietantemente sereno en él. No levantaba la voz ni intentaba dominar la conversación, pero estaba claro que no pertenecía a esa clase de hombres que ceden con facilidad.

—De acuerdo —respondió finalmente—. Solo te pido que no esperes que trate estos objetos como números en una tabla.

—Y yo te pido que no esperes que los salve únicamente con sentimentalismo.

Una sonrisa apareció en su rostro.

—Tengo la impresión de que vamos a trabajar estupendamente juntos.

—Eso todavía está por demostrar.

—Entonces tenemos treinta y un días para comprobarlo.

No respondí. Prefería que no descubriera lo fácilmente que conseguía desarmarme con su simple tono de voz.

La trastienda resultó ser mucho más grande de lo que había imaginado. Al final de un pasillo estrecho se abría una habitación de techo alto, con dos ventanas pequeñas y armarios de madera que llegaban casi hasta el techo. En el suelo había pilas de volúmenes encuadernados de revistas antiguas. Contra una pared se alineaban cajoneras metálicas

destinadas a guardar grabados. También descubrí varias cajas de cartón colocadas directamente junto al muro exterior.

Aquello bastó para que me olvidara de Wiktor.

—Hay que mover estas cajas inmediatamente —dije.

Se acercó.

—¿Por qué?

—La pared está fría y las cajas descansan directamente sobre el suelo. Si aumenta la humedad de la habitación, su contenido puede deteriorarse. ¿Tienes algún sistema para medir la temperatura y la humedad?

—No. Hasta ahora no hemos tenido problemas.

—Que un problema no se vea no significa que no exista.

Me agaché junto a la primera caja. No la abrí enseguida. Examiné la superficie del cartón, la base y los bordes. En una esquina distinguí una mancha más oscura.

—Tenemos que averiguar qué hay dentro.

Wiktor se inclinó sobre mí. Percibí el aroma de su camisa, fresco y discreto, mezclado con el olor del café.

—Creo que son catálogos antiguos de subastas.

—¿Crees?

—Mi padre guardó cosas aquí durante más de cuarenta años. No me dejó un mapa detallado de su manera de pensar.

Me incorporé y mantuve una distancia prudente entre nosotros.

—Entonces empezaremos por hacer ese mapa.

Trabajamos durante las dos horas siguientes. Wiktor llevaba las cajas a la mesa, mientras yo examinaba su contenido, asignaba referencias provisionales y separaba los objetos que necesitaban protección. Al principio observaba cada uno de mis movimientos con tanta concentración que parecía temer que fuera a desmontar accidentalmente sus recuerdos familiares. Sin embargo, poco a poco empezó a hacer preguntas. No eran superficiales. Le interesaba saber por qué algunos papeles resistían décadas casi sin alteraciones, mientras otros se deshacían con el simple contacto de los dedos.

Me gustaban las personas que sentían curiosidad por las respuestas. Y todavía más las que sabían escuchar cuando esas respuestas resultaban complicadas.

—Entonces, ¿no podemos meterlo todo en carpetas nuevas y ya está? —preguntó mientras le mostraba un álbum con las páginas descoloridas.

—Podríamos. Pero una carpeta inadecuada puede causar más daño que una antigua. El papel reacciona a los materiales con los que permanece en contacto durante años. También importan la estructura del envoltorio y las condiciones de almacenamiento.

—Casi parece la descripción de una relación.

Arqueé las cejas.

—¿Perdona?

—Dos cosas pueden quedar muy bien juntas y, aun así, ir destruyéndose lentamente.

Lo miré por encima del álbum.

—¿Comparas a menudo el papel con las relaciones humanas?

—Solo cuando hablo con una restauradora interesante.

Esta vez no intentó ocultar la sonrisa.

Debería haber respondido con algo igual de ligero. En cambio, durante varios segundos me descubrí buscando las palabras adecuadas. No porque me faltara experiencia hablando con hombres. Simplemente hacía mucho tiempo que nadie coqueteaba conmigo de una manera que no me exigía adoptar inmediatamente una postura.

—Ten cuidado —dije al fin—. Algunos materiales son más resistentes de lo que parecen.

—Lo recordaré.

No sabía si todavía estábamos hablando de papel.

Antes del mediodía encontramos una caja de madera llena de correspondencia. Los sobres pertenecían a distintas décadas. Algunos estaban abiertos; otros, atados con cordel. Wiktor reconoció la letra de su padre en una de las hojas y la apartó.

—Esto no lo vamos a catalogar.

—Al menos tengo que comprobar su estado de conservación.

—Son cartas privadas.

—Lo entiendo. No tengo intención de leerlas. Puedo evaluar el papel y las condiciones de almacenamiento sin conocer su contenido.

—No.

Lo dijo de manera tajante. Por primera vez, su voz sonó realmente dura.

Enderecé la espalda.

—Wiktor, si tienes objeciones sobre el alcance de mi trabajo, debemos aclararlas ahora. No puedo responsabilizarme del estado de una colección a la que no tengo acceso.

—No tienes por qué responsabilizarte de todo.

—Precisamente estoy intentando establecer de qué soy responsable.

Se volvió hacia la ventana. La luz pálida que entraba por el cristal resaltaba las hebras grises de sus sienes. Vi la tensión en la forma en que apretaba la mano contra el borde de la caja.

—Lo siento —dijo al cabo de un momento—. No debería haber reaccionado así.

No esperaba unas disculpas pronunciadas sin reservas.

—Puedes excluir la correspondencia privada de mi documentación —respondí—. Pero necesito que confirmes que asumes la responsabilidad de su conservación.

Se volvió hacia mí.

—De acuerdo.

—Y, por favor, cambia esa caja de lugar. La madera está sucia y los sobres no deberían descansar directamente sobre el fondo.

—Lo haré.

Permanecimos unos instantes en silencio.

—Eres muy precisa —observó.

—¿Eso es un defecto?

—Todavía no lo he decidido.

—No tengas prisa. Nos queda bastante tiempo para decepcionarnos mutuamente.

Se echó a reír. Fue una risa baja y sincera, completamente distinta de sus anteriores sonrisas educadas. Me sorprendió cuánto deseaba volver a escucharla.

Por la tarde trasladamos parte de los fondos a la sala principal, donde el ambiente era más seco y la temperatura se mantenía más estable. Wiktor encontró una mesa plegable y yo dispuse sobre ella los materiales necesarios para la protección provisional. En cierto momento entró un hombre mayor, vestido con un abrigo oscuro, que preguntó por un libro encargado varias semanas antes.

Wiktor interrumpió su trabajo sin el menor rastro de impaciencia.

—Señor Leon, por supuesto que me acuerdo. Siéntese, ahora mismo se lo traigo.

Regresó con un pequeño volumen de poesía lituana. El cliente sacó la cartera, pero Wiktor negó con la cabeza.

—Habíamos acordado otro precio.

—Ha pasado tanto tiempo... Puede subirlo.

—No tengo intención de hacerlo.

El anciano pareció profundamente conmovido. Le dio las gracias, estrechó la mano de Wiktor y salió abrazando el libro contra el pecho.

—¿Lo conoces desde hace mucho? —pregunté.

—Desde hace más de quince años. Su esposa solía leer esos poemas en voz alta. Murió en primavera. Él buscaba esta edición porque antes tenían una igual.

Miré la puerta cerrada.

—Podrías haberlo vendido más caro.

—Podría.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque le prometí que encontraría ese libro. No le prometí que ganaría dinero con su nostalgia.

Volvió al trabajo como si acabara de decir algo completamente corriente.

Durante el resto de la tarde me resultó más difícil mantener la indiferencia. Wiktor podía ser obstinado, a veces demasiado cauteloso, y su apego a los objetos complicaba incluso las decisiones más sencillas. Al mismo tiempo, empezaba a comprender que no era un hombre que considerara las necesidades ajenas un obstáculo. En su mundo, las cosas tenían importancia porque formaban parte de la vida de alguien.

A las cinco empecé a ordenar mi puesto de trabajo. Todavía tenía que regresar al apartamento que había alquilado, revisar la documentación y preparar el plan para el día siguiente. El teléfono me recordó que se acercaba la fecha de mi conversación con Florencia. Silencié la notificación antes de que Wiktor pudiera acercarse.

—¿Ya has terminado?

—Por hoy, sí. Prepararé la lista de prioridades y mañana empezaremos con los grabados.

—Tengo que reconocer que imaginaba esta colaboración de otra manera.

Cerré la bolsa.

—¿Peor?

—Más tranquila.

No pude contener una sonrisa.

—Quizá se deba a que hasta ahora nadie te había dicho cuántas cosas estás guardando de forma incorrecta.

—Hasta ahora nadie me había dicho tantas cosas en un solo día.

—Y has sobrevivido.

—Por los pelos.

Me acerqué a la mesa para recoger mi cuaderno. Wiktor se colocó al otro lado y dejó delante de mí una pequeña hoja.

Había varios nombres y fechas escritos a mano.

—¿Qué es esto?

—Personas que quizá sepan algo sobre la procedencia de una parte de la colección. Pensé que podría servirte mañana.

Observé su letra cuidadosa. No tenía ninguna obligación de hacerlo. Podría haberme dejado más cajas y esperar que yo averiguara todo por mi cuenta.

—Gracias.

—No pongas esa cara de sorpresa. Sé trabajar en equipo.

—Bajo determinadas condiciones.

—Todos tenemos nuestras condiciones, Marianna.

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre sin acompañarlo de un tratamiento formal. Sonó diferente de cuando me había presentado aquella mañana. Más tranquilo. Como si ya hubiera tenido tiempo de comprobar cómo encajaba en sus labios.

—Entonces mañana las pondremos todas por escrito —respondí.

—¿Todas?

—Las relacionadas con el trabajo.

En su mirada apareció una curiosidad divertida.

—¿Y las demás?

Me detuve junto a la puerta. Sabía que debería limitarme a desearle buenas noches. En lugar de eso, me volví y me permití una sonrisa que no pensaba explicar.

—Para las demás todavía es demasiado pronto.

Salió conmigo hasta el umbral de la librería. La tarde de Vilna olía a lluvia y a humo procedente de chimeneas lejanas. Al otro lado de la calle empezaban a encenderse las luces de una pequeña cafetería. Wiktor cerró la puerta, pero todavía no giró la llave.

—¿Marianna?

Lo miré.

—¿Sí?

—Gracias por no intentar convencerme hoy de que todo saldrá bien.

—No sé si saldrá bien.

—Precisamente.

Durante un momento permanecimos frente a frente, separados apenas por un escalón. Tuve la impresión de que podría decir algo más, algo importante. En cambio, retrocedió y me deseó una buena noche.

Empecé a caminar por la calle, sintiendo bajo los dedos la correa fría de mi bolsa. Después de unos pasos miré por encima del hombro.

Wiktor seguía junto a la puerta.

Levantó una mano en un breve gesto de despedida y yo respondí del mismo modo.

Solo cuando doblé la esquina me permití reconocer que me había alegrado encontrarlo mirándome.

En el apartamento me esperaba un mensaje de Florencia y una agenda donde había anotado cuidadosamente todos mis compromisos de las próximas semanas. Me senté a la mesa, abrí el portátil y empecé a preparar la documentación. Durante la primera media hora trabajé con eficacia. Después descubrí que, en el apartado dedicado al estado de la colección, había escrito una frase que no tenía ninguna relación con la conservación.

No todas las cosas pueden valorarse según lo que cuesta conservarlas.

Me quedé mirando la pantalla hasta que finalmente borré la frase.

No pertenecía al informe.

Pero, por alguna razón, no quería olvidarla.

# Capítulo 2 - Límites trazados a lápiz

A la mañana siguiente llegué a la librería de viejo con un calendario de trabajo preparado, tres formularios en blanco y la firme determinación de no permitir que Wiktor Borecki volviera a distraerme de mis obligaciones.

Mi determinación empezó a tambalearse nada más cruzar la puerta.

Sobre el escritorio había dos tazas, junto a ellas una bolsa de papel de una panadería y, en el centro de la mesa, un pequeño ramo de ramas de eucalipto. No eran flores en el sentido romántico de la palabra. Más bien parecían algo que alguien había comprado por casualidad, pensando que quedaría bien en una habitación llena de libros antiguos.

Wiktor salió de la trastienda con una carpeta bajo el brazo.

—Buenos días. Esta vez el café no es un intento de soborno.

—¿Entonces qué es?

—La prueba de que soy capaz de recordar que ayer lo tomaste sin azúcar.

Miré la taza. Era verdad. No había azucarero cerca.

—Es una observación bastante arriesgada. Podría no haberle puesto azúcar simplemente porque se te olvidó ofrecérmela.

—En ese caso estaríamos ante nuestra primera crisis importante de colaboración.

Sonreí sin querer. Llevaba un jersey oscuro y una camisa clara. Parecía descansado, aunque todavía tenía unas leves

sombras bajo los ojos. Observé que se había remangado casi exactamente igual que el día anterior.

—He traído un plan —dije mientras dejaba la bolsa.

—Suena amenazador.

—Es realista.

—Eso suele significar que a alguien no le va a gustar su contenido.

Extendí los documentos sobre la mesa. Quería que, antes de comenzar, estableciéramos unas reglas concretas: responsabilidades, horarios, procedimiento para tomar decisiones y protocolo que seguir en caso de encontrar objetos que necesitaran una intervención urgente.

Wiktor se sentó frente a mí y escuchó durante varios minutos sin interrumpirme. Cuando terminé, acercó hacia sí el calendario.

—¿Veinte días laborables?

—Es el tiempo que necesitamos para preparar la colección y garantizar un traslado seguro. Los días restantes los reservo para cualquier imprevisto.

—¿Y si aparece algo que no podamos terminar a tiempo?

—Decidiremos qué puede protegerse de manera provisional y qué requiere más trabajo. No pienso hacer una restauración apresurada solo porque alguien quiera recuperar el local.

—Eso me parece bien.

Tomó un lápiz y señaló uno de los puntos.

—Me gustaría que participaras en las decisiones sobre dónde se guardará la colección después de la mudanza.

—Puedo preparar recomendaciones.

—No me refiero a eso. Quiero que veas el nuevo espacio antes de que traslademos nada.

Levanté la mirada.

—¿Ya has encontrado otro lugar?

—Un almacén provisional. No es perfecto.

—¿Dónde está?

—A unos quince minutos de aquí. Todavía no estoy seguro de que reúna todos los requisitos.

—Entonces lo visitaremos antes de empezar el traslado.

Asintió, pero siguió examinando el calendario.

—Hay una cosa que me preocupa.

—¿Cuál?

—Aquí todo termina con una precisión absoluta.

Señaló la última fecha.

—Porque tenemos que entregar el local.

—Lo sé. Simplemente no me gustan demasiado los planes que no dejan espacio para los cambios.

Apoyé los codos sobre la mesa.

—Los cambios son posibles siempre que conozcamos sus consecuencias. Pero eso no significa que tenga que estar disponible sin límites.

—No espero eso.

—Bien. Trabajo de nueve a cinco, salvo que acordemos otra cosa con antelación. También preparo documentación fuera de la librería, pero eso no significa que puedas llamarme a cualquier hora.

—Entendido.